

## ***Señas de identidad en las Vidas plutarqueas de Aristides, Temístocles y Cimón***

[*Signs of identity in the Plutarchian Lives of Aristides, Themistocles and Cimon*]

por

**Pilar Gómez**  
**Universitat de Barcelona**

pgomez@ub.edu  
orcid.org/0000-0001-6560-2836

### **Resumen**

Este artículo se centra en tres pares de *Vidas* de Plutarco, cuyos protagonistas griegos jugaron un papel central en el triunfo helénico sobre los persas: Aristides, Temístocles y Cimón. Analizaremos las *Vidas* de estos tres griegos que contribuyeron decisivamente a cimentar la identidad ateniense, en relación a su linaje, educación, carácter, virtudes y muerte, en contraposición a los romanos situados en paralelo con ellos (Marco Catón, Camilo y Lúculo), con el fin de observar si en estos aspectos existen rasgos diferenciadores entre griegos y romanos.

**Palabras clave:** *Vidas paralelas*, identidad, Aristides, Temístocles, Cimón.

### **Abstract**

This paper deals with three pairs of Plutarch's *Parallel Lives*, whose Greek protagonists played a central role in the Hellenic triumph over the Persians: Aristides, Themistocles, and Cimon. We will analyze the *Lives* of these three Greeks who contributed decisively to cementing the Athenian identity, focusing on their lineage, education, character, virtues and death, in contrast with their Roman parallels (Marcus Cato, Camillus and Lucullus). Thus it will be observed whether there are differentiating traits between Greeks and Romans in these particular aspects.

**Key-words:** *Parallel Lives*, identity, Aristides, Themistocles, Cimon.

Aristides, Temístocles y Cimón desempeñaron un papel central en el triunfo heleno sobre los persas, y su actuación se emmarca en un conflicto que también significó el punto de partida de la identificación de “lo griego” frente a “lo no griego”, a “lo bárbaro”<sup>1</sup>. Por ello, en el contexto de revisar algunos aspectos de la identidad griega en el Imperio romano, la *Vidas* plutarqueas de estos tres griegos resultan interesantes porque sus protagonistas contribuyeron de forma decisiva a cimentar los valores de la gran Atenas<sup>2</sup>, y permiten también rastrear cómo son, en tanto que romanos, los personajes puestos en paralelo con ellos: Marco Catón, Camilo y Lúculo. Estos, sin embargo, ni pertenecen a un mismo período histórico –vivieron entre los siglos IV y I a. C.– ni son figuras de idéntica relevancia en la historia de Roma, aunque bien conocida es la afirmación de Plutarco en la *Vida de Alejandro* (*Alex.* 1.2) de que él no escribe historia, sino *Vidas*<sup>3</sup>, advirtiendo así que

el acontecer histórico no es su objetivo literario, sino el hombre, el individuo que tras la historia se esconde<sup>4</sup>. Por ello, Plutarco no es exhaustivo en la narración histórica y puede limitarse a referir los hechos que mejor perfilen el carácter, el ἦθος, de sus personajes, por insignificantes que aquellos puedan ser<sup>5</sup>. Pero es indiscutible que la existencia de Aristides, Temístocles y Cimón coincide con un hito muy importante en la historia de Grecia y se circunscribe a un período que va aproximadamente del año 530 a. C. –fecha del nacimiento de Aristides– al año 450 a. C., en que se sitúa la muerte de Cimón.

Por otra parte, aunque el orden de composición de las *Vidas*, cuya redacción ocupó a Plutarco, al menos, quince años<sup>6</sup>, poco tiene que ver con la cronología histórica ni con el orden en que aparecen en los manuscritos, nuestros tres pares de βίοι habrían formado parte del proyecto plutarqueo desde el inicio del mismo<sup>7</sup>, si tenemos

<sup>1</sup> ALMAGOR 2017: 123-170, analiza la imagen de Persia en la obra de Plutarco. Un estudio exhaustivo del concepto ‘bárbaro’ en Plutarco, lo ofrece SCHMIDT 1999.

<sup>2</sup> Junto a Pericles, Nicias y Alcibiades, como señala NEGRETE 2000: 10-12.

<sup>3</sup> Sobre el valor programático de este pasaje, véase DESIDERI 1995; PICCIRILLI 1998.

<sup>4</sup> Para un análisis del término ἱστορία en Plutarco, véase GÓMEZ & MESTRE 1997: 221-222, donde se señala, no obstante, la proximidad de la actitud de Plutarco como escritor a la del propio Tucídides.

<sup>5</sup> Cf. BOULOGNE 1994: 59.

<sup>6</sup> Cf. SIRINELLI 2000: 260-337.

<sup>7</sup> Según GEIGER 1981: 93-95, el interés de Plutarco por protagonistas del mundo helenístico coincide con la decisión del escritor de ampliar la serie biográfica ante el éxito conseguido.

en cuenta las palabras del propio Plutarco en la *Vida de Timoleón* —obra compuesta hacia la mitad del proyecto *Vidas paralelas*, según la secuencia compositiva propuesta por Jones<sup>8</sup>— cuando en el prólogo afirma haber iniciado la redacción de las *Vidas* a instancias de otros, pero “es ahora para mí mismo que las prosigo y estoy en ellas instalado” (*Tim.* 1.1). Sin embargo, el orden de composición relativo de estos pares *Vidas* es rigurosamente inverso al devenir histórico: la *Vida de Cimón* y la *Vida de Lúculo* habrían sido redactadas en segundo lugar, la *Vida de Temístocles* y la *Vida de Camilo* ocuparían el séptimo, mientras que el decimoprimer correspondría a la *Vida de Aristides* y *Vida de Catón*<sup>9</sup>.

El estudio de estos tres dobles tampoco es, a nuestro juicio, irrelevante para lo que Lambertson ha denominado “una segunda romanización”<sup>10</sup>, cuyo

agente principal habría sido Plutarco, si se atribuye al escritor de Queronea un papel ante todo político en una nueva vía en la relación entre griegos y romanos, en paralelo a su tarea como educador y moralista, en la que se ha focalizado, quizá en exceso, la misión de Plutarco, él mismo ciudadano romano.

A menudo se ha intentado dar razón de la intención de Plutarco al escribir las *Vidas paralelas* en función del público al que iban dirigidas, es decir, de si su objetivo era explicar Grecia ante Roma, o, por el contrario, se trataba de justificar a los romanos ante los griegos; de si eran sus destinatarios las elites políticas romanas o a las elites culturales griegas; o bien incluso de si el paralelismo y la comparación (la σύγκρισις) como fórmula compositiva servía para poner de manifiesto similitudes o diferencias entre unos y otros<sup>11</sup>. Si Plutarco no se

<sup>8</sup> Cf. JONES 1967: 63, para quien el par constituido por la *Vida de Timoleón* y la *Vida de Emilio Paulo* habría sido compuesto en el decimotercero o decimocuarto lugar sobre un conjunto de veintitrés pares de βίαι —excluidas, pues, la desaparejada de Artajerjes y la de Arato.

<sup>9</sup> En la propuesta de JONES 1967, el orden de composición de alguno de estos tres pares presenta posiciones alternativas (el cuarto lugar para Cimón—Lúculo, el noveno para Temístocles—Camilo), sin embargo tales posibles alternancias no modifican, en modo alguno, la cronología relativa en la composición de los βίαι de estos tres griegos; cf. DELVAUX 1995: 97-113.

<sup>10</sup> Cf. LAMBERTSON 1997: 153. WOOLF 1994: 116-143, ya había problematizado esa romanización.

<sup>11</sup> Cf. JONES 1971: 48-64; PUECH 1992. Por su parte, STADTER 2002: 123-135, argumenta que la audiencia de Plutarco consiste tanto en griegos como en romanos y que siendo, en última instancia, las circunstancias políticas y sociales las que se sobreponen a la naturaleza y educación del individuo y que, por lo tanto, determinan su comportamiento, la complejidad de la acción política se da tanto en el imperio de Roma como en las *poleis* griegas. Sobre la relación de Plutarco con Roma, el trabajo de STADTER 2014: 14-31, constituye una buena síntesis con abundante bibliografía comentada.

ha propuesto buscar la superioridad de los griegos o de los romanos, ni trata de justificar al vencedor frente al vencido, ni de ensalzar a este frente a aquel, quizá con su ambicioso proyecto narrativo habría intentado solo buscar y describir elementos parangonables entre griegos y romanos a través de relatos biográficos que, puestos en paralelo, deben ser entendidos como complementarios:

La dualité de ce type d'écrit permet d'aller au-delà des réhabilitations symétriques aux vertus pacifiantes. Elle incite à chercher une nouvelle unité<sup>12</sup>.

Plutarco reserva la comparación a los individuos porque considera que el pasado colectivo de uno y otro pueblo no admite comparación<sup>13</sup>, y esta solo podría fundamentarse en una especificidad genérica, e incluso demasiado tópica, para justificar su complementariedad<sup>14</sup>: las *po-leis* griegas en lucha constante ostentaron imperialismos efímeros, mientras que Roma es una ciudad destinada a construir un gran imperio por la progresiva integración de las élites y los pueblos conquistados<sup>15</sup>. Una contraposición de este

tipo empobrece, sin duda, la realidad del complejo entramado de situaciones que configuran el devenir histórico, sin olvidar, además, que Plutarco como sus coetáneos hombres de letras son, por la formación recibida, todos ellos igualmente deudores de unos tópicos retóricos, en la medida que servirse de argumentos como los antes apuntados para explicar la contraposición y las diferencias entre Grecia y Roma se encuentran, por citar algún paralelo, en el discurso *A Roma* del sofista Elio Arístides<sup>16</sup>. No obstante, incluso en ese contexto muy marcado por una específica formación retórica y tradición literaria, Plutarco prioriza siempre como determinante la acción del individuo, aunque sea para incidir también él en esos tópicos, como ilustra la *Vida de Marcelo*:

Ante los extranjeros los romanos son tenidos por hombres hábiles en la guerra y temibles en los combates, y que jamás han dado ejemplo de bondad, de humanidad ni, en general, de virtud política. Marcelo fue, al parecer, el primero en demostrar a los griegos que los romanos son muy respetuosos con la justicia (*Marc.* 20)<sup>17</sup>.

<sup>12</sup> BOULOGNE 1994: 57.

<sup>13</sup> Como señala SIRINELLI 2000: 273-280.

<sup>14</sup> Según sugiere FAUSTI 1993: 265-277.

<sup>15</sup> Como preconiza Anquises en Verg., *A.* VI 851-853: “*Tu regere imperio populos, Romane, memento / (hae tibi erunt artes), pacique imponere morem, / parcere subiectis et debellare superbos*”.

<sup>16</sup> Cf. Aristid., *Or.* XXVI 69, 94, 96 Keil.

<sup>17</sup> Plutarco añade que el general romano, tras su campaña en Sicilia, llevó a Roma numerosas estatuas y ofrendas votivas para engrandecer su triunfo y ornamentar la ciudad, jactándose

### 1. *Entre griegos y romanos*

En la tradición griega la contraposición entre el pasado colectivo de griegos y romanos estuvo condicionada por el relato historiográfico de Polibio, quien presentó como inevitable el ascenso de Roma —el imperio había surgido de la acción de una ciudad— en un modelo que marginó política y militarmente a Grecia. La Atenas democrática había aspirado a convertir en panhelénicas sus instituciones, pero tales expectativas se vieron truncadas con la conquista macedónica y el modelo ateniense quedó fosilizado en una *paideia*, definitivamente sancionada como cultura global por la expansión y el imperio de Roma<sup>18</sup>. La *Pax Romana* de los Antoninos ofrece un nuevo contexto en el que Atenas—Grecia puede aparecer en términos de igualdad con Roma—Imperio. Si este imperio surge de una ciudad, Grecia se identifica con Atenas en el relato historiográfico desde época clásica: una ciudad frente a las restantes *poleis* griegas. A finales del s. I d. C. las *Vidas paralelas*

constituyen un escenario para revivir el pasado griego “*face-to-face*”<sup>19</sup> con el pasado romano con un papel determinante de Atenas como motor de la identidad griega.

¿Cómo fueron y cómo actuaron, según Plutarco, tres hombres que, desde su coyuntura particular, desde su individualidad, lideraron los inicios de la identidad griega —y ateniense— sea a través de su acción política inmediata, sea como adalides de unos determinados valores e ideales? Desde un punto de vista formal, cabe señalar que dos de estos tres dobles plutarqueos presentan alguna peculiaridad, pues el βίος de Temístocles y el de Camilo carecen de comparación<sup>20</sup> y tampoco hay ninguna referencia interna entre ambos relatos. ¿Es tal vez por la imposibilidad de encontrar en la historia de Roma un personaje digno de la talla de Temístocles o de la seducción que Plutarco siente por él? ¿Se trata de un par de *Vidas* más artificial que otros<sup>21</sup> en los que sí existe la comparación, cuando en él

ante sus conciudadanos de que “los romanos —decía— no sabían honrar ni admirar las bellezas y las maravillas de Grecia; y yo se lo he enseñado” (*Marc.* 21.7).

<sup>18</sup> Cf. ALCALDE MARTÍN 2013: 40-41, sobre el prestigio de Atenas como referencia central de la *paideia* griega.

<sup>19</sup> LAMBERTON 1997: 154, entiende, en este juego de contrastes, el proyecto literario de las *Vidas paralelas* como la base teórica de la instauración en Atenas, el año 130 d. C., por obra del emperador Adriano, del *Panhellenion*, que convertía a la ciudad ática en el centro del mundo griego.

<sup>20</sup> Cf. LARMOUR 1992. También falta la σύγκρισις final en los pares Pirro—Mario, Alejandro—César, Foción—Catón el joven.

<sup>21</sup> Máxime cuando tampoco es fácil encontrar una temática ni homogénea ni interrelacionada en buena parte de las parejas de biografías, como ya señaló PELLING 1989: 199-232, quien reconoce la excepcional unidad de contenido del caso Filopemén—Flaminio.

hay un evidente y significativo punto de contacto entre sus protagonistas, pues a ambos cupo el honor de haber salvado su propia patria de caer en manos enemigas?

Asimismo, a pesar de las palabras con que Plutarco cierra la *Vida de Cimón*, τοιοῦτος μὲν ὁ Ἑλληνικὸς ἡγεμόν (Cim. 19.5) –y no cabe duda de que Cimón, hijo de Milciades, el vencedor en Maratón, es uno de los principales artífices en la formación del imperio ateniense tras la segunda guerra médica–, sin embargo, al escribir su βίος, el queronense rompe el esquema narrativo habitual en dos aspectos. En primer lugar, la *Vida de Cimón*, propiamente dicha, empieza a partir del capítulo cuatro, pues antes Plutarco justifica por qué Lúculo es digno paralelo del ateniense, enumerando diversos elementos de comparación –“y si olvido algunas similitudes, éstas podrán deducirse del propio relato” (Cim. 3.3)– sobre los que, en líneas generales, versará después la σύγκρισις final. Cimón y Lúculo son para Plutarco hombres de guerra y de brillantes acciones contra los bárbaros, que erigieron trofeos y obtuvieron victorias famosas, pero ni uno ni otro vieron definitivamente acabadas sus campañas<sup>22</sup>; ambos fueron benignos

en su actuación política y dieron respiro a las disensiones internas de sus respectivas patrias; ambos fueron liberales, generosos y de trato humano, y también ambos mostraron un carácter jovial, e incluso relajado, en su modo de vida. Pero, además, esta justificación aparece tras explicar por qué Queronea –precisamente la patria del escritor– honró a Lúculo con una estatua por la decisiva intervención del romano en un suceso de intriga pasional. Este hecho, referido por Plutarco con detenimiento, revela los conflictos en que se debatían las ciudades griegas frente a la autoridad romana<sup>23</sup>, e ilustra también la ambivalente presencia romana en tierra griega: tutelar en la acción de Lúculo y, al mismo tiempo, temible por el comportamiento de quien, estando al frente de una cohorte romana, mostró una conducta desenfrenada y lujuriosa al ser rechazado por un joven de extraordinaria belleza. En la memoria colectiva de Queronea, Lúculo forma parte de los benefactores de la ciudad, y su testimonio fue definitivo para liberarla de la acusación que contra ella había lanzado mediante un delator romano la vecina Orcómenos, pues “era evidente que [esta] no se abstendría de la violencia, ya que nuestra patria entonces

<sup>22</sup> En el caso de Cimón, la paz de Calias (449 a. C.) se alcanzó un año después de la muerte del general; y en el de Lúculo, fue Sila quien derrotó definitivamente a Mitrídates; cf. Plu., Cim. 3.3.

<sup>23</sup> Como analizó GASCÓ 1990. Las razones de Plutarco para vivir en Queronea en lugar de Atenas, son examinadas por TITCHENER 2002, 136-141.

estaba en una situación dolorosa y era menospreciada por su insignificancia y miseria” (*Cim.* 1.3). El recuerdo de la estatua dedicada a Lúculo sirve asimismo para reflexionar sobre el proyecto *Vidas paralelas*: estas no son retratos idealizados de hombres ilustres, sino que pretenden ante todo dibujar, en una imagen hecha con palabras<sup>24</sup>, el equilibrio necesario entre cómo es un hombre y cómo debería y/o podría ser. El retrato literario es más digno de imitación que el puramente físico y además, como la naturaleza humana no permite esbozar una vida de hombre irreprochable y pura:

Los errores y los defectos que por alguna pasión o necesidad política se extienden sobre las acciones de un hombre, hay que considerarlos como imperfección de alguna virtud más que auténticos vicios (*Cim.* 2.5)<sup>25</sup>.

Esta afirmación obliga al biógrafo a presentar a los protagonistas de las *Vidas paralelas* desde muchos y variados aspectos, de modo que ahora observaremos cómo en estas seis *Vidas* son caracterizados esos seis personajes del pasado histórico, tres griegos y tres romanos, a partir de algunos componentes necesarios en toda biografía—como son el

linaje, la educación recibida, el carácter y virtudes del individuo biografiado, y su muerte— y que sirven precisamente para enmarcar la actividad pública, política y militar, de los protagonistas plutarqueos.

## 2. Linaje y educación

A partir del relato plutarqueo, el linaje poco podría haber ayudado a ninguno de los seis biografiados—máxime en el *βίος* de Camilo, donde no hay siquiera ninguna referencia explícita a su familia— para llevar a cabo las grandes hazañas que acometieron, o simplemente para ser tenidos en consideración por sus propios coetáneos<sup>26</sup>. Entre los griegos, Cimón quedó muy joven huérfano de padre, y gozó de mala fama por disoluto y bebedor como su abuelo paterno, cuyo nombre compartía, y por su excesiva inclinación hacia las mujeres, en particular, por las relaciones incestuosas con su hermana, con la que vivía en público matrimonio (*μετὰ τῆς ἀδελφῆς ἔτι κόρης οὐσης καὶ ἀγάμου*, *Cim.* 4.4). Temístocles fue hijo bastardo de padres poco nobles (*Them.* 1.1), y Aristides nació en el seno de una familia sin recursos (*Arist.* 1.4). Por el contrario, Lúculo pertenecía a una familia de rango consular y riqueza me-

<sup>24</sup> Así lo indica BENEDIKTSON 2000: 159-161.

<sup>25</sup> En este sentido hay que entender la afirmación de BOULOGNE 1994: 61, de que, según Plutarco, la virtud y su contrario no varían con los lugares y las épocas, y de ahí el carácter ejemplar de sus *Vidas*.

<sup>26</sup> ALBINI 1997: 59-72, revisa la incidencia de la familia en el desarrollo del carácter de los protagonistas plutarqueos.

dia, aunque tampoco exenta de mala reputación (*Luc.* 1.1), mientras que los antepasados de Marco Catón eran gente totalmente desconocida y formaban parte de aquellos a los que “los romanos solían llamar ‘hombres nuevos’ (καινοὺς προσαγορεύειν ἀνθρώπους) porque no tenían ninguna gloria de familia y empezaban a hacerse conocer por ellos mismos” (*Cat. Ma.* 1.2).

Estrechamente vinculada al linaje, la educación –bien sea denominada μάθησις, o bien παιδεία–, junto a la naturaleza y a la práctica (φῦσις y ἄσκησις), es uno de los tres factores que condicionan, según Plutarco, la vida del hombre, pues la instrucción puede corregir una naturaleza deficiente y resistir las peores calamidades<sup>27</sup>. Parece razonable, entonces, imaginar que la educación debería ser un elemento capital para el queronense al trazar el perfil biográfico de sus personajes, si bien un análisis detallado revela cuán escasa es la información que al respecto contiene el conjunto del *corpus*, pues solo cinco *Vidas* –las de Pericles, Alcibiades, Alejandro, Demóstenes y Cicerón– describen de manera amplia y pormenorizada la formación que es-

tos recibieron, mientras que dos quintas partes de los relatos biográficos carecen de información alguna sobre la instrucción de sus protagonistas<sup>28</sup>. La selección de *Vidas* que ahora nos ocupan, no constituye ninguna excepción: tanto la de Arístides como la de Camilo omiten toda referencia a la educación recibida por el ateniense y por el romano. Plutarco, en cambio, destaca a menudo y con especial énfasis, precisamente, la falta de instrucción ya que una formación deficiente justifica, a su juicio, defectos morales, y, al mismo tiempo, le aporta argumentos para defender que también un individuo debe ser juzgado según su propio derecho<sup>29</sup>, como revela especialmente el caso de Arístides. Sin embargo, en las restantes cuatro *Vidas*, la educación es el único rasgo biográfico que Plutarco destaca muy positivamente en los romanos frente a los griegos, pero nunca por comparación entre ellos, ya que solo el par Cimón–Lúculo contiene dicha información sobre ambos protagonistas, aunque no es tenida en cuenta en la σύγκρισις final.

Lúculo es presentado por Plutarco como un hombre de excelente formación, instruido en filosofía, a la que pudo dedicarse plenamente tras retirarse de las

<sup>27</sup> Como se afirma en el opúsculo plutarqueo considerado espurio, *De liberis educandis*, es necesario dar a los hijos maestros irreprochables por su género de vida, irreprochables en sus costumbres y los mejores por su experiencia, porque “la fuente y raíz de una conducta intachable es haber alcanzado una buena educación” (πηγή γὰρ καὶ ρίζα καλοκαγαθίας τὸ νομίμου τυχεῖν παιδείας, *Lib. educ.* 4B).

<sup>28</sup> Según datos aportados por VELÁZQUEZ 2001: 448-449.

<sup>29</sup> Como apuntan PELLING 1990: 19-52; SWAIN 1996: 140-144.



campañas militares<sup>30</sup>. Además, el general romano era capaz de expresarse tanto en latín como en griego (ἤσκητο καὶ λέγειν ἱκανῶς ἑκατέραν γλῶτταν, *Luc.* 1.4)<sup>31</sup> con competencia suficiente en ambas lenguas no solo para tratar asuntos públicos, sino que “desde su adolescencia se había hecho suya esa cultura harmoniosa llamada liberal y que aspira a la belleza” (τὴν ἐμμελῆ ταύτην καὶ λεγομένην ἐλευθέριον ἐπὶ τῷ καλῷ προσεποιεῖτο παιδείαν ἔτι καὶ μειράκιον ὄν, *Luc.* 1.5). Y sobre ello insiste todavía Plutarco al final de la biografía del romano:

Estos son los defectos que tenía Lúculo entre todas sus otras cualidades, porque parece haber sido alto y bello, hábil orador y sensato tanto en el foro como en el campamento (*Luc.* 33.3).

Catón, a juicio de Plutarco, fue ante todo un brillante abogado y, en segundo lugar, un hábil orador, “un Demóstenes romano” (Ῥωμαῖον αὐτὸν οἱ πολλοὶ Δημοσθένη προσηγόρευον, *Cat. Ma.* 4.1)<sup>32</sup>, que, a diferencia de Lúculo, aprendió tarde la lengua griega y ya era de edad avanzada cuando tuvo entre las manos libros griegos,

de modo que “aprovechó poco la lectura de Tucídides, y sobre todo la de Demóstenes para formarse en elocuencia” (*Cat. Ma.* 2.5)<sup>33</sup>. No obstante, Plutarco admite que las obras de Catón están por doquier adornadas con máximas e historias tomadas de la tradición griega, algunas de las cuales son una traducción literal del original griego (*Cat. Ma.* 2.6). El tema de la educación es motivo recurrente en diversos momentos del βίος de Marco Catón, donde Plutarco incluso explica cómo el romano educó personalmente a sus hijos y dedicó su fortuna a que tuvieran una brillante carrera. Sin embargo la biografía plutarquea contiene una dura crítica contra el censor romano por su desprecio de la cultura griega, e incluso se pregunta, porque no lo entiende, cómo algunos pueden comparar a Catón con Lisias, habida cuenta de que la oratoria del romano reflejaba bien su propio carácter:

era, a la vez, graciosa y terrible, complaciente e impresionante, facciosa y ruda, sentenciosa y combativa” (*Cat. Ma.* 7.1).

Muy distinto es el panorama que las *Vidas* presentan sobre la educación de los griegos Cimón y Temístocles. Am-

<sup>30</sup> Un rasgo destacado por BALDWIN 1982: 254-256, y SWAIN 1992: 309.

<sup>31</sup> Lúculo quizás fue incluso el autor de una historia de la guerra mársica escrita en griego (*Luc.* 1.8).

<sup>32</sup> Hasta qué punto este apelativo es un elogio auténtico por parte de Plutarco o se trata solo de aceptar el canon de la oratoria griega, puede deducirse de la valoración que el de Queronea hace de la figura del orador ateniense; cf. MESTRE & VINTRÓ 2007: 333-344.

<sup>33</sup> Dos autores destacados de la *paideia* griega.

bos están lejos de ser hombres con una sólida instrucción, pero destacan por su inteligencia práctica y por actuar siguiendo una natural inclinación, de modo que Plutarco modela de quienes salvaron Grecia del bárbaro un retrato basado ante todo en la capacidad de acción. Esta imagen está en clara consonancia con el argumento del breve opúsculo *De gloria Atheniensium* (345C-351B), donde Plutarco presenta la capacidad de actuación práctica de los generales y líderes atenienses como el eje vertebrador del poderío de la polis ática, complementando así el tópico de Atenas como escuela de Grecia<sup>34</sup>. Ante la pregunta de si los atenienses fueron más ilustres en la guerra o en sabiduría, Plutarco se inclina favorablemente por la preeminencia de los hombres capaces de actuar para convertir unas ideas en realidad; por lo tanto, prefiere el general al pintor, al historiador o al poeta trágico, y se decanta por los éxitos políticos y militares antes que por los discursos de los oradores, situando por delante de los artistas a los hombres de acción como a los únicos generadores de la verdadera gloria de la ciudad ateniense, hasta el punto de afirmar: “Si se suprimieran

los hombres de acción, no existirían los historiadores” (*Glor. Ath.* 345C)<sup>35</sup>.

Para referirse a la falta de instrucción de Cimón, Plutarco cita la fuente empleada, el historiador Estesímbroto de Tasos<sup>36</sup>, según el cual el hijo de Milcíades no fue instruido ni en música ni en ninguna otra de las disciplinas liberales y reconocidas entre los griegos, y carecía de la agudeza y de la locuacidad áticas (δεινότητός τε καὶ στωμυλίας Ἀττικῆς ὄλωσ ἀπηλλάχθαι, *Cim.* 4.5). A pesar de ello, Plutarco refiere cómo Cimón fue capaz de autodefenderse (ἀπολογούμενος δὲ πρὸς τοὺς δικαστάς, *Cim.* 14.4) de la acusación, promovida por sus enemigos políticos, de haberse dejado persuadir por los regalos del rey Alejandro de Macedonia.

En el caso de Temístocles, hombre inconstante e inestable (ἀνώμαλος καὶ ἀστάθμητος, *Them.* 2.7), Plutarco se hace eco del poco interés demostrado por el general para ser instruido en aquellas enseñanzas que configuran el carácter, y en cuantas se cultivan por placer del espíritu o para adquirir la elegancia propia de hombres libres<sup>37</sup>. A juicio de

<sup>34</sup> Cf. Th., II 41.

<sup>35</sup> Estas palabras son puestas en boca de Temístocles. En la *Vida de Teseo*, Plutarco califica a Atenas de “bella y celebrada” (*Thes.* 1.5), y, al menos en otras dos ocasiones, la identifica como “la polis que sabe hablar bien y que cultiva las artes” (*ibidem* 16.3); y es, por ello, “favorable nodriza de muchas otras” (*Glor. Ath.* 345F).

<sup>36</sup> Para las fuentes utilizadas por Plutarco, véase RAMÓN PALERM 1992: 112-134, .

<sup>37</sup> Sobre las consecuencias negativas que tuvo la insuficiente instrucción de Temístocles tanto para él mismo como para su ciudad, véase el análisis de T. DUFF 2005, 553-559.

Plutarco, Temístocles confiaba solo en su propia naturaleza y se vanagloriaba de no saber afinar una lira, pero sí de tomar una ciudad pequeña y hacerla grande. Asimismo, Plutarco muestra su desacuerdo con la tradición de que Anaxágoras fue maestro de Temístocles, aduciendo motivos cronológicos, pero admite que el maestro de un hombre como Temístocles tuvo que ser alguien experto en σοφία, esto es “en habilidad política y en inteligencia práctica” (δεινότητα πολιτικὴν καὶ δραστήριον σύνεσιν, *Them.* 2.6); aspectos por los que el general vencedor en Salamina dio especiales muestras de interés desde su más tierna adolescencia, de modo que Temístocles es presentado por Plutarco, en cuanto a la instrucción recibida, como legítimo heredero de “aquellos que más tarde, al combinar la habilidad política con las artes jurídicas y alejarla de la práctica, recibieron el nombre de sofistas” (οἱ μετὰ ταῦτα δικανικαῖς μείζαντες τέχναις καὶ μεταγαγόντες ἀπὸ τῶν πράξεων τὴν ἄσκησιν ἐπὶ τοὺς λόγους, σοφισταὶ προσηγορεύθησαν. *Them.* 2.6).

### 3. *Carácter y virtudes*

Plutarco emplea el término ἦθος con distintas acepciones y diferencia entre ἦθος propiamente dicho y τρόπος, entendiendo este último vocablo como la manifestación psíquica del individuo –bien

sea referido a la φύσις o al ἦθος– y así lo utiliza para describir la implicación del hombre en la realidad concreta de su mundo. De este modo, el término τρόπος sirve al escritor tanto para revelar el carácter del individuo como para encubrirlo, puesto que el carácter está siempre expuesto a las influencias variables que en cada momento concreto interviene e interfiere en la actuación y en la conducta de los hombres. En segundo lugar, como hemos señalado ya, tampoco debe olvidarse el valor fundamental que Plutarco otorga al concepto de παιδεία, por cuya acción incluso una naturaleza negativa puede cambiar en sentido contrario, del bien al mal, de modo que tampoco en relación con el carácter es posible establecer líneas divisorias absolutas en los elementos utilizados por Plutarco para analizar y presentar a los protagonistas de las *Vidas*<sup>38</sup>.

Cimón fue, según el relato plutarqueo, un hombre noble, justo, magnánimo y honesto que alcanzó los máximos honores y magistraturas de su ciudad “por su afabilidad y sencillez” (διὰ πραότητα καὶ ἀφέλειαν, *Cim.* 5.5). El carácter magnánimo de Cimón era evidente en su altruismo hacia los pobres, ya que fue un hombre liberal capaz de sobrepasar la antigua hospitalidad y humanidad de los atenienses, a quienes ofrecía cenas generosas para que también los más

<sup>38</sup> Desde esta perspectiva, resulta útil e interesante el esquema propuesto por PÉREZ JIMÉNEZ 1994: 338, para analizar la doctrina moral de Plutarco sobre el carácter y la conducta, basado en la combinación de tres conceptos φύσις, τρόπος y μάθησις (o παιδεία).

desfavorecidos pudieran dedicarse a la vida pública. Plutarco incluso llega a comparar a Cimón como benefactor de sus conciudadanos, con figuras míticas como Triptólemo o Prometeo, pues hizo posible la comunidad de vida del tiempo de Crono (*Cim.* 10.7), al convertir su propia casa en prítaneo y en lugar de acogida. No obstante, el también aristócrata Plutarco no admite que tal actitud de Cimón pueda ser tachada de demagógica precisamente por la opción política del ateniense, favorable y partidario de la aristocracia, y además prolacedemonio<sup>39</sup>. Como prueba de ello, Plutarco contrapone Cimón a Temístocles —porque este exaltaba al pueblo más de lo necesario, y eso sí que es demagogia— y también a Efiltes, quien quiso abolir el Areópago, baluarte conservador en la democracia ateniense. Plutarco destaca, asimismo, la honestidad de Cimón por su conducta incorruptible, siendo de nuevo Temístocles y Efiltes los referentes inmediatos, pues ambos utilizaban el tesoro público en beneficio propio. Por el contrario, Cimón, al ser acusado por sus adversarios de no llevar a cabo una acción militar contra Macedonia persuadido por los presentes del rey Alejandro, se defendió declarando que no era *proxenos* de los jonios o de los tesalios, sino precisamente de los lacedemonios

“cuya frugalidad y sensatez imitaba y mantenía, rechazando cualquier riqueza, y sintiéndose recompensado con la gloria de enriquecer la ciudad con despojos enemigos” (*Cim.* 14.4)<sup>40</sup>.

Esta posición prolacedemonia, que Plutarco considera un rasgo relevante del carácter y de la conducta de Cimón, provocó su ostracismo. Al parecer, cuando los lacedemonios regresaban de liberar Delfos de los focios, los atenienses les ofrecieron batalla; Cimón se presentó para luchar junto a su demo, pero el consejo de los Quinientos lo acusó de acudir en ayuda de los espartanos contra Atenas. Sin embargo, la posterior derrota sufrida por los atenienses en Tanagra sirvió para que estos reconocieran la injusticia cometida contra Cimón, siendo Pericles mismo quien decretó el retorno de Cimón del exilio, por ser este un hombre que, según Plutarco, había colmado a sus conciudadanos con innumerables ventajas. Entre ellas, Plutarco sitúa también el empeño del general griego, una vez alcanzada la primera paz entre Atenas y Esparta, por desviar y canalizar las inquietudes de los atenienses hacia Chipre y Egipto a fin de que lucharan contra los bárbaros,

<sup>39</sup> Plutarco, no obstante, recuerda cómo una actitud semejante era objeto de crítica en el caso de Temístocles, quien por ello era acusado de vanidad; cf. *Them.* 5.4.

<sup>40</sup> En otro pasaje, Plutarco refiere que fue iniciativa de Cimón la construcción de los Muros Largos, aunque dicha obra se concluyera más tarde, así como el embellecimiento y adorno de la ciudad de Atenas con espacios de ocio tales como el gimnasio de la Academia; cf. *Cim.* 13.7.

sus enemigos naturales<sup>41</sup>, cuya derrota aportaba a Grecia justos beneficios. El de Queronea toma este episodio como paradigma del pasado que hizo posible la grandeza de Atenas y que marcó su historia a finales del s. V a. C.; una grandeza que estaba al servicio del bien común, como él formula:

Tan respetuosas de la política eran entonces las querellas, tan moderadas las rencillas personales y reducibles al interés general que la ambición, la más violenta de todas las pasiones, se diluía ante las necesidades de la patria (*Cim.* 17.9).

Posiblemente en la mente de Plutarco esta situación de la Atenas clásica contrasta con las guerras civiles que en el s. I a. C. y en el s. I d. C. destruían la república romana. No obstante, como a menudo ocurre en las *Vidas paralelas*, Plutarco también evoca aspectos negativos en la conducta de Cimón, tales como la relación incestuosa con su hermana o una excesiva inclinación a la bebida. Pero incluso admitiendo estas faltas, el biógrafo salva siempre la grandeza del ateniense, como refiere de forma explícita el siguiente pasaje:

Si siendo Cimón descuidado y bebedor, tomó tantas ciudades

y consiguió tantas victorias, es evidente que, si hubiera estado sobrio y atento, ningún otro griego ni antes ni después de él, habría jamás sobrepasado sus éxitos (*Cim.* 15.5)<sup>42</sup>.

Del romano Lúculo, Plutarco destaca que, siendo todavía joven, dio sobradas muestras de audacia e inteligencia (τόλμης δείγματα καὶ συνέσεως, *Luc.* 2.1), al tiempo que su equilibrio y afabilidad (δι' εὐστάθειαν καὶ πραότητα, *ibidem*) lo hicieron merecedor del afecto y de la confianza de Sila, quien lo designó tutor de su hijo. No obstante, Plutarco presenta a Lúculo como un hombre en exceso deseoso de gloria, que envidiaba la fama de Pompeyo en Hispania, y se mostraba incapaz de captar tanto el afecto del común de los soldados —la codicia de sus propios soldados le impidió disfrutar del premio de la victoria y de vencer definitivamente a Mitrídates<sup>43</sup>—, como de congeniar con los poderosos y de dignidad igual a la suya. Sin embargo, el biógrafo no olvida referir algunos episodios que revelan la humanidad (φιλανθρωπία) de Lúculo, como se evidenció en la toma de Cabiros, donde la actuación del general romano aportó a los allí sitiados —y en especial a los

<sup>41</sup> El término utilizado por Plutarco es φύσει (*Cim.* 18.2).

<sup>42</sup> En *Praec. ger. reip.* 800D Plutarco asegura que, si los atenienses reprendían a Cimón por su afición al vino, era porque no tenían nada más que reprocharle.

<sup>43</sup> Cf. *Plu., Luc.* 17.6. También refiere Plutarco que los soldados no siguieron a Lúculo en la lucha contra los partos (*ibidem* 30).

muchos griegos que había— “no una salvación, sino una resurrección y un segundo nacimiento” (*Luc.* 18.1).

En cuanto a Temístocles, Plutarco no disimula la seducción que siente por él, aunque el relato biográfico destaca sobre todo la inmensa ambición (φιλοτιμία) que en todos los órdenes caracteriza al ateniense, pues en ella a todos sobrepasaba y ganaba<sup>44</sup>. Además, Plutarco define a Temístocles como un individuo codicioso y hábil, pero lo salva por ser un buen patriota. En esta valoración positiva Plutarco se inspira, sin duda alguna, en las fuentes literarias claramente defensoras y partidarias del ateniense, como son Esquilo, Simónides, Aristófanes y, sobre todo, Tucídides, frente a sus detractores entre los cuales se hallan Heródoto, Platón o Teopompo<sup>45</sup>. Plutarco, siguiendo al historiador ateniense<sup>46</sup>, basa el éxito de Temístocles tanto en una extraordinaria inteligencia natural (φύσει συνετός, *Them.* 2.1), que le permitía tomar las mejores decisiones en el momento oportuno, como en una enérgica resolución y habilidad para improvisar ante cualquier situación.

Por el contrario, la moderación y la prudencia son la causa del éxito de Camilo porque ejercía el mando sin despertar envidia y siempre, incluso cuando lo ostentaba en solitario, compartía su autoridad, pero la gloria, aunque mandara con otros, recaía solo en él. Sin embargo, su carácter bueno y generoso por naturaleza (ἡμερος φύσει καὶ χρηστός, *Cam.* 11.3), su moderación y prudencia (μετριότης καὶ φρόνησις, *Cam.* 1.4), no impidieron que partiera al exilio maldiciendo por rencor a Roma, como Aquiles hiciera con los aqueos en campo troyano (*Cam.* 11.3-13.1).

El βίος plutarqueo de Aristides es un auténtico homenaje al sobrenombre del ilustre ateniense: el justo. Aristides actuaba contra el afecto y el favor personal en defensa de la justicia, y también en nombre de esta contra cualquier manifestación de ira y de odio<sup>47</sup>, en el contexto de una ciudad, Atenas, que es admirada —afirma Plutarco— “todavía en nuestros días por sus numerosos ejemplos de humanidad y de generosidad” (*Arist.* 27.6). Plutarco no ahorra calificativos positivos al esbozar la biografía de Aristides: el ateniense es un hombre íntegro, firme, desinteresado<sup>48</sup> y

<sup>44</sup> Cf. *Plu.*, *Them.* 5.3; 6.2.

<sup>45</sup> Sobre la construcción de Temístocles como personaje plutarqueo, DURÁN LÓPEZ 2000: 163-169; PELLING 2000: 331-339.

<sup>46</sup> Cf. *Th.*, I 138.

<sup>47</sup> Cf. *Plu.*, *Arist.* 4.1; 4.6.

<sup>48</sup> En *Arist.* 6.5, Plutarco refiere que el ateniense no tocó ni a los prisioneros ni el botín de Maratón.

conciliador<sup>49</sup>, no se exalta por los honores y se muestra imperturbable, gentil incluso en las adversidades;

Convencido en todos los casos por igual, de que su deber era ofrecerse a la patria y cumplir como ciudadano gratuitamente, sin ninguna recompensa, no solo de dinero sino también de gloria (*Arist.* 3.4).

Asimismo, en el retrato plutarqueo la modestia adorna también la conducta y el comportamiento de Aristides, como ejemplifica el hecho de que cediera el mando a Milciades; esta noble actitud del ateniense permite a Plutarco extraer una moralidad para sus lectores:

obedecer y secundar a hombres sensatos no es vergonzoso en modo alguno, sino honorable y salvador (*Arist.* 5.2).

La virtud (ἀρετή) es, a juicio de Plutarco, la esencia de la acción política de Aristides frente a la de Temístocles, Cimón o Pericles, quienes llenaron la ciudad solo con bienes materiales como pórticos, riquezas y otras banalidades<sup>50</sup>. Aristides hizo siempre gala de moderación (ἐπιεικεία) y jamás mos-

tró rencor alguno contra sus adversarios políticos —especialmente contra Temístocles—, de cuyo infortunio no se aprovechó, pues tampoco antes había sentido envidia hacia ellos por sus éxitos<sup>51</sup>. Aristides fue asimismo incorruptible, a pesar de haber sido investido con plenos poderes para organizar el tributo de los aliados:

Pobre se fue y más pobre regresó, llevando a cabo el registro de los tributos no solo con pureza y justicia, sino también amistosamente y con el beneplácito de todos (καθαρὸς καὶ δίκαιος ἀλλὰ πρόφιλος καὶ ἁρμόνιος, *Arist.* 24.2)<sup>52</sup>.

La conducta de Aristides benefició a los atenienses pero también a los griegos, quienes creían llegada una nueva edad de Crono<sup>53</sup>, ya que Aristides consideraba que los aliados no se ganan con armas, barcos o caballos, sino “con benevolencia y acción política” (εὐγνωμοσύνη καὶ πολιτεία, *Arist.* 23.1), como Aristides mismo recomendaba a sus propios adversarios.

Para Plutarco, Catón encarna las virtudes de la República, de la vieja

<sup>49</sup> Como ilustra el episodio en que Aristides apoya la propuesta de Corinto de que el triunfo sea para los de Platea y, por lo tanto, ni para Atenas ni para Esparta, de manera que también el lacedemonio Pausanias se ve obligado a actuar del mismo modo; cf. *Arist.* 3.3.

<sup>50</sup> *Arist.* 25.9: στόων, χρημάτων, φλυαρίας.

<sup>51</sup> *ibidem* 25.10.

<sup>52</sup> BRIONES ARTACHO 2001, 309, alude a la voluntaria pobreza de Aristides como un rasgo de su carácter, más destacado que incluso la justicia.

<sup>53</sup> Plutarco aplica esta misma comparación con la mítica edad de oro también a Cimón; cf. *Cim.* 10.7.

Roma<sup>54</sup> y, en consecuencia, traza de él un retrato parcialmente positivo, en el que abundan términos como austeridad (ἀφελής), frugalidad, virtud, trabajo, continencia (ἐγκράτεια), severidad (τὸ βάρος), dignidad (σεμνός), justicia, desinterés por los bienes materiales o una modélica vida privada. No obstante, Plutarco se muestra muy crítico en la mofa y en el desprecio que Catón —precisamente por personificar esos mismos ideales romanos— hacía de la cultura griega, incluso contra nombres tan ilustres como Sócrates o Isócrates. Según el censor romano, Roma perdería su imperio cuando la ciudad se hubiera infectado de las letras griegas<sup>55</sup>, y Plutarco reacciona contundente ante tal errónea aseveración, pues, a su juicio, la vacuidad de tan negativo presagio está confirmada por la constatación de que Roma alcanzó el punto álgido de su imperio precisamente “cuando adquirió familiaridad con la ciencia y con la cultura griegas” (ἡ πόλις ἦρθη μεγίστη καὶ πρὸς Ἑλληνικὰ μαθήματα καὶ παιδεῖαν ἅπασαν ἔσχεν οἰκείως, *Cat. Ma.* 23.3). Signos inequívocos de que Catón se mantuvo fiel a los ideales de la antigua Roma son, por ejemplo, que él no pide ni reclama nada del tesoro público, no usa carruaje, viste

con modestia; era inexorable en la administración de justicia, y directo y sin consideraciones en sus edictos de gobierno (*Cat. Ma.* 6.4); asimismo renuncia a recaudar botín alguno, y prefiere competir en valor con los más valientes que rivalizar en dinero con los más ricos o en avaricia con los más avariciosos (*Cat. Ma.* 8.5). Odia, sin embargo, a los médicos y filósofos griegos, y, apartándose así de cuantos romanos se complacían en hacer a los jóvenes partícipes de la cultura griega, educa personalmente a su hijo, el cual demostrará ser un buen soldado a las órdenes de Paulo Emilio contra Perseo (*Cat. Ma.* 22.3).

No obstante, en un contexto en que la cultura, la griega y la romana, es ya común, la mayor parte de esas reticencias hacia Grecia que Plutarco denuncia en el comportamiento y en la actitud vital de Catón, no sirven más que para perfilar al censor romano casi como a un personaje de comedia, erigido en portavoz de una especie de complot griego contra los valores de Roma, capaz de hacer sonreír incluso a los amigos y lectores romanos de Plutarco —cómplices, sin duda, de las ideas plutarqueas<sup>56</sup>—, cuando el autor

<sup>54</sup> A modo de ejemplo, Catón jamás se bañaba con su hijo, un uso que los griegos habían contaminado; cf. *Cat. Ma.* 20.8.

<sup>55</sup> Cf. Plu., *Cat. Ma.* 23.2: ἀπολοῦσι Ῥωμαῖοι τὰ πράγματα γραμμάτων Ἑλληνικῶν ἀναπλησθέντες.

<sup>56</sup> Quizás el objetivo es que el lector, como el autor, sea consciente de que los griegos consideraban a los romanos de otro tiempo como a unos bárbaros, y que los romanos se avergüencen por ello, a pesar de admitir que han tenido otras cualidades, pero, sobre todo, que unos y otros reconozcan que tales juicios son ya anacrónicos.



de Queronea, tal vez con un cierto sarcasmo, trata de hacer ahora una evocación común de un pasado a la vez lejano y próximo. En efecto, los viejos romanos se mantuvieron apartados de la lengua y de las letras griegas porque estas comportaban un cierto poder de corrupción. Sirva como ilustración la anécdota de que Catón, cuando llegó a Atenas, donde pasó buena parte de su tiempo, se dirigió en griego (Ἑλληνιστί) al pueblo para mostrar su admiración por la virtud de los antiguos atenienses, y su complacencia por haber podido contemplar la belleza y grandeza de su ciudad. Sin embargo, Plutarco considera que esta noticia es del todo falsa y afirma que el romano hubiera podido hablar directamente en griego, pero no lo hizo “porque se aferraba a las costumbres patrias y se reía de los admiradores de las cosas griegas” (ἐμμένων δὲ τοῖς πατρίοις καὶ καταγελῶν τῶν τὰ Ἑλληνικὰ τεθαυμακότων), sino que se dirigió al pueblo de Atenas a través de un intérprete (δι’ ἑρμηνέως). Fue entonces cuando los atenienses admiraron la rapidez y la agudeza de su lenguaje (τὸ τάχος αὐτοῦ καὶ τὴν ὀξύτητα τῆς φράσεως), puesto que lo que él exponía con brevedad, el intérprete lo repetía largamente y con muchas palabras; así Catón se convenció de que “a los griegos las palabras les salían de los labios, y a los romanos del corazón” (τὸ δ’ ὄλον

οῖσθαι τὰ ῥήματα τοῖς μὲν Ἑλλησιν ἀπὸ χειλῶν, τοῖς δὲ Ῥωμαίοις ἀπὸ καρδίας φέρεσθαι, *Cat. Ma.* 12.5-7)<sup>57</sup>.

#### 4. *Sobre la muerte de los protagonistas*

Plutarco refiere la muerte de estos seis hombres con un elemento, en cierto modo, diferenciador: la muerte de Cimón, Temístocles y Aristides es presentada como un suceso vinculado a la proyección pública y actividad política desempeñada por ellos a lo largo de su vida, en tanto que la de Lúculo, Camilo y Catón se muestra como un suceso estrictamente privado. Así, Lúculo fue víctima de unas drogas amorosas administradas por un liberto (*Luc.* 43); Camilo sucumbió a la peste que asoló Roma el año 365 a. C. (*Cam.* 43); y Catón murió de enfermedad, a los ochenta y cinco años, habiendo pronosticado quién acabaría con el poder de Cartago (*Cat. Ma.* 26-27).

Sobre la muerte de Cimón, Plutarco registra una doble versión, según la cual el general griego murió por enfermedad o por una herida. Sin embargo, el βίος plutarqueo no deja lugar a dudas de que le sobrevino en acto de servicio supremo a la patria, porque se produjo luchando contra el bárbaro. Y hasta tal punto este hecho es relevante que el biógrafo afirma que tras la muerte de Cimón ya no hubo en la contienda contra Persia ninguna

<sup>57</sup> También en la *Vida de Mario*, Plutarco se expresa en términos semejantes: Mario, hombre frugal y conforme a la antigua educación romana no aprendió jamás las letras griegas ni hacía uso de la lengua griega en ningún asunto serio, puesto que encontraba ridículo “aprender una lengua enseñada por unos hombres que eran los esclavos de los otros” (*Mar.* 2.2-3).

otra empresa más gloriosa que cuantas el ateniense había emprendido, justificando tal alabanza tanto por las cualidades personales del ateniense como para subrayar la situación en que se encontraron los griegos tras la desaparición del general, cuando ya nadie era capaz de mediar:

Estallaron al fin en una guerra contra ellos mismos, dando respiro a la causa del Rey, pero provocando una terrible ruina para la potencia helénica (*Cim.* 19.3).

Asimismo, Plutarco señala la relevancia de Cimón por el hecho de que sus despojos fueran venerados en el Ática en los llamados “cimoneos” (Κιμώνεια, *Cim.* 19.5), y que se le hicieran ofrendas como a un ser superior, e incluso el dios Apolo prescribe no descuidar su recuerdo en tiempos de sequía como si se tratara de un espíritu protector<sup>58</sup>.

También la muerte de Temístocles puede entenderse como un acto de servicio llevado a cabo por quien, al elegir él mismo su destino, se revela en el momento final de su vida como un buen patriota que, sin resentimiento hacia sus conciudadanos, actúa con coherencia y respeto hacia sus propias gestas:

Temístocles, a pesar de su medismo, se administró un veneno

fatal, cuando el rey persa le ordenó encabezar la lucha contra los griegos, acaudillados por Cimón (*Cim.* 18).

Muere, pues, Temístocles por voluntad propia, a los sesenta y cinco años, “la mayor parte de los cuales estuvo dedicado a tareas de gobierno y militares” (*Them.* 31). Por ello, Plutarco considera una mentira alentada para incitar a los oligarcas contra el pueblo la tradición de que sus despojos fueron ultrajados y diseminados por los atenienses, y prefiere recordar la versión de Diodoro el Periegeta, quien sitúa la tumba de Temístocles en el Pireo sobre un pedestal en forma de altar, aunque no evita aludir a una magnífica tumba que los magnesios le dedicaron en la plaza pública (*Them.* 32.4)<sup>59</sup>.

El relato de la muerte de Arístides es coherente con la ensalzada biografía que Plutarco le dedica, tanto cuando refiere que murió en casa como cuando refiere que la muerte lo alcanzó lejos de su ciudad: si fue en Atenas, le sobrevino honrado y admirado por sus conciudadanos; si ocurrió lejos del Ática, pudo ser –sugiere el de Queronea– en el Ponto “durante una travesía por asuntos públicos” (*Arist.* 26.1). No obstante, y a pesar de la falta de documentación<sup>60</sup>, no

<sup>58</sup> COOPER 2014: 398-400, analiza, entre otros pares de *Vidas*, la muerte de Cimón y Lúculo como un recurso narrativo para entender el conjunto del relato biográfico.

<sup>59</sup> Cf. *Th.*, I 138; *Nep.*, *Them.* 10.3.

<sup>60</sup> Crátero de Macedonia sería la fuente de esta noticia y merece, según justifica Plutarco (*Arist.* 26.4), credibilidad por su modo habitual de relatar los hechos acontecidos.

es difícil entrever en el texto de Plutarco un énfasis especial en la posible muerte de Aristides en Jonia a consecuencia de un ostracismo voluntario y como resultado de una falsa acusación por soborno, cuya condena, de cincuenta minas, el justo ateniense no habría podido satisfacer (*Arist.* 26.3). Aristides muere, pues, sin recursos, tal y como había nacido y vivido buena parte de su existencia, siendo la ciudad quien se hizo cargo de su tumba en Falero, así como de la dote de sus hijas (*Arist.* 27.1).

### 5. *La gran Atenas*

Las *Vidas paralelas* forman parte del interés de Plutarco por la vida política de su momento, reflejado también en otras obras suyas que tienen algunos puntos en común con los relatos biográficos. Si en estos la finalidad es ofrecer modelos de conducta para el presente a partir de los grandes hombres del pasado, griegos y romanos, en *Consejos políticos* Plutarco afirma con claridad que el objetivo es aleccionar a los contemporáneos con las muchas acciones de los griegos de otro tiempo, pero esas gestas a imitar no son las de Maratón, Eurimedonte o Platea, “pues todos los ejemplos que inducen al pueblo a inflarse y envalentonarse inú-

tilmente deben quedar para las escuelas de sofistas” (*Praec. ger. reip.* 814C). Maratón, Eurimedonte o Platea remiten directamente al contexto histórico de Aristides, Temístocles y Cimón, la Atenas del s. V a. C., aunque en las palabras de Plutarco hay, ante todo, prevención sobre el riesgo que puede entrañar la exaltación del orgullo griego frente a la dominación romana.

Si la actuación política tiene como fin el bien común, los lectores coetáneos de Plutarco deben entender que ese bien común tiene una escala distinta bajo el dominio y control de Roma. El hombre de estado debe conseguir la concordia entre los miembros de la clase dirigente y entre todos los ciudadanos para evitar la intervención de Roma en los asuntos internos de las ciudades<sup>61</sup>. Por ello, la reflexión política de Plutarco siempre tiene una intención común bien definida: exhortar y aconsejar para preservar la concordia y evitar conflictos internos que pueden desestabilizar y desembocar en una disminución de las libertades de que aún disfrutaban las ciudades griegas.

Si hay todavía espacio para la política a la manera como es aconsejada y recomendada por Plutarco, quien parte siempre del ideal ético del hombre que

<sup>61</sup> VEYNE 2005: 210-231, reconoce que lo más urgente en este contexto era predicar la concordia entre las ciudades, y señala que la voz de los intelectuales no coincidía con el sentir popular por la doble actitud del pueblo hacia Roma: esta suscita envidia y vituperio, pero también deseo de imitación. Así, la Grecia conquistadora de su conquistador, estaba conquistada por la cultura popular y cotidiana de Roma, la que más podía exasperar a los hombres de letras por su vulgaridad.

dedica lo mejor de sí mismo a las más grandes acciones encaminadas al bien común, es precisamente porque –como él reconoce– “nosotros ahora vivimos cómodamente en estados libres de tiranía, guerra o asedio” (*An seni resp.* 784F), y, por lo tanto, hay que renunciar a ser más cobardes que los estrategas, demagogos, poetas, sofistas y actores de tiempos pasados, entre los que el ejemplo de Cimón, de Aristides y de Temistocles adquiere un valor especial. No obstante, a pesar del idealismo implícito en la representación del perfecto hombre de estado, Plutarco mantiene siempre una actitud pragmática y ofrece propuestas de actuación política que considera viables en su época.

Sin duda alguna la ciudad del pasado por antonomasia fue Atenas. Por lo tanto, aunque la historia como tal se diluye en la obra de Plutarco, la lectura conjunta de las vidas respectivas de estos tres griegos de época clásica refleja bien el ideario político del queronense, alimentado por el pasado, pero justificado por su actualidad: el rescate de la herencia griega es puesto al servicio de la ciudad y se inscribe en la política de recuperación de emperadores como Trajano y Adriano. Desde esta óptica, la particularidad de cada uno de los tres protagonistas griegos se proyecta siempre sobre el telón de fondo de una ciudad con un proyecto común que, desde el último tercio del s.

VI a. C. y hasta mediados del s. V a. C., gira en torno a dos ejes principales: la lucha contra el bárbaro y la relación con los aliados para consolidar el imperio ateniense. Así, vinculados a esa idea de proyecto común resultan sugerentes dos hechos que Plutarco relata sin solución de continuidad en la *Vida de Cimón*, después de explicar que, frente a la actitud hostil y prepotente del espartano Pausanias, el ateniense arrebató la hegemonía a los lacedemonios mediante su palabra y carácter (λόγῳ καὶ ἤθει), al acoger benigneamente (πράως) y tratar con humanidad (φιλανθρώπως) a los ofendidos y víctimas de Pausanias (*Cim.* 6.2.). El primero de los sucesos, de alta rentabilidad política<sup>62</sup>, tiene que ver con el reconocimiento de los atenienses hacia Cimón por haber sido él quien, gracias a su mucha ambición (πολλῆ φιλοτιμίᾳ), restituyó a Atenas los despojos de Teseo, tal como había prescrito un oráculo, a fin de que el unificador del Ática fuera honrado como un héroe (*Cim.* 8.3-7). Cimón, pues, a pesar de su filolaconismo, por el que sufrió ostracismo<sup>63</sup>, es presentado como un segundo fundador de Atenas, incluso más que por su brillante actuación en Salamina. El segundo hecho concierne a la participación de Cimón como juez en un concurso dramático, en el que Sófocles obtuvo la victoria frente a Esquilo (*Cim.* 8.8-9). Esta anécdota es

<sup>62</sup> OLIVEIRA 2014: 30-48.

<sup>63</sup> GÓMEZ 2007: 69-82.

significativa en tanto que supone también un relevo generacional en clara conexión con el motor principal de la acción militar de Cimón, la lucha contra los persas: Cimón es hijo de un luchador en Maratón, del mismo modo que Sófocles sucede en el triunfo a Esquilo, quien combatió en Maratón<sup>64</sup>.

De este modo, si la lucha exterior, contra los persas, y las relaciones internas, en la ciudad y entre las *poleis*, condicionan la vida de Atenas y la actuación de sus líderes políticos, la respuesta dada a los diversos acontecimientos, políticos o militares, que dicha situación comporta, por parte de Aristides, Temístocles y Cimón se presenta en las *Vidas* como complementaria y revela, una vez más, la intención de Plutarco: el hecho histórico en sí tiene escasa relevancia en el relato biográfico, solo interesa cómo y por qué el protagonista del βίος hace frente a un determinado suceso y lo resuelve. De este modo, el valor ejemplar de los tres atenienses radica en cada caso en una particular forma de ser y de actuar: el justo Aristides, el ambicioso Temístocles o el afable y generoso Cimón. Sin embargo, al ser puestas en contraste y comparadas entre sí sus existencias, a tenor de

múltiples alusiones internas, es posible intuir en el texto de estas tres *Vidas* una σύγκρισις entre los propios griegos, que más allá de la contraposición general o de la rivalidad como motivo configurador del relato, señalada por Frazier<sup>65</sup>, revelan una misma voluntad: el servicio a la causa común.

Desde esta óptica, adquieren un relieve especial el regreso de Cimón del ostracismo; el compromiso de Temístocles en la transformación de Atenas; o la actitud de Aristides, cuyo único ideal fue la salvación de Grecia, incluso durante su exilio cuando exhortaba a los griegos a mantener la libertad y renunciar siempre a cualquier rivalidad interna o personal, como él mismo hizo en Platea, al no cuestionar el lugar que los atenienses debían ocupar en el campo de batalla (*Aristid.* 12.3). De igual modo, a pesar de su antagonismo con Temístocles, que marca su actividad pública<sup>66</sup>, cuando volvió del exilio, aconsejó a Temístocles en favor de la salvación común, e hizo “de su mayor enemigo, el más célebre de los hombres” (ἐνδοξότατον ἐπὶ σωτηρίᾳ κοινῇ ποιῶν τὸν ἔχθιστον, *Aristid.* 8.1). En el novelesco βίος de Temístocles, el relato sobre las Guerras Médicas ocupa un espacio central<sup>67</sup> y, en especial, la

<sup>64</sup> Cf. Ath., 14.627d; Paus., 1.14.5.

<sup>65</sup> FRAZIER 1996: 101-105.

<sup>66</sup> Hasta el punto de que hacía presentar a otros sus propuestas para que su enemigo político por pugna con él no impidiera llevar a cabo lo que era útil para la ciudad; cf. *Arist.* 3.4.

<sup>67</sup> Cf. Plu., *Them.* 9-16. El relato plutarqueo es de clara inspiración herodotea (Hdt., VIII 65).

batalla de Salamina, auténtico símbolo de la libertad de Grecia, de cuya gloria para los griegos el principal artífice fue este ateniense, apodado Odiseo por su sagacidad (διὰ τὴν φρόνησιν, *Herod. mal.* 869F)<sup>68</sup>. Así define Plutarco el triunfo en Salamina:

Bella y gloriosa victoria jamás superada por ninguna empresa marítima realizada por griegos ni bárbaros, tanto por el valor y arrojo general de los combatientes, como por la perspicacia (γνώμη) y habilidad (δεινότητι) de Temístocles (*Them.* 15.4).

Pero con ser grande esta empresa de Temístocles, más lo fue (μέγιστον) que “terminó con las guerras de los griegos y logró poner de acuerdo a las ciudades entre sí, convenciéndolas de que aplazaran sus rencillas durante la guerra” (*Them.* 6.5). El carácter conciliador de Temístocles en este contexto se puso de manifiesto también, a juicio de Plutarco, en la batalla naval de Artemision, pues convenció a los atenienses para que cedieran el mando a Euríbiades y a los lacedemonios, aunque él fue la causa principal de la salvación de Grecia y de haber llevado a los atenienses a la gloria, pues “vencieron con su valor (ἀνδρεία) a los enemigos y con su prudencia (εὐγνωμοσύνη) a los aliados” (*Them.* 7.3-4). No obstante, en el seno de la *polis*, Temístocles se enfrentó constantemente con los de-

más líderes, pero Plutarco valora el carácter innovador de sus propuestas que cambiaron radicalmente el modo de ser y de pensar de la propia ciudad de Atenas, como su empecinamiento en la construcción de la flota, primero para luchar contra Egina y después contra Jerjes, a pesar de la oposición de Milcíades, quien, sin duda, tenía a su favor la victoria en Maratón y temía que la aristocracia perdiera el control de la ciudad (*Them.* 4.4-6). Plutarco deja constancia de la identificación que en la Atenas del s. V a. C. se produjo entre el esfuerzo por alcanzar la supremacía marítima y la consolidación democrática de la ciudad frente al conformismo de los campesinos, a quienes no desagradaba la oligarquía: a Temístocles se debe la reconstrucción de los muros de Atenas y el acondicionamiento definitivo del Pireo (*Them.* 19.3-5). Sin embargo, a pesar de haber recibido los mayores honores imaginables tras la batalla de Salamina, pronto cayó Temístocles en desgracia –Plutarco recuerda que por envidia (φθόνῳ)– entre los aliados y entre sus propios conciudadanos, quienes le aplicaron el ostracismo “para acabar con su prestigio y autoridad” (τὸ ἀξίωμα καὶ τὴν ὑπεροχὴν, *Them.* 22.4). El exilio de Temístocles es utilizado por Plutarco para opinar sobre esta práctica habitual de la ciudad democrática hacia cuantos eran considerados insolentes por su poder y se salían de la igualdad democrática:

<sup>68</sup> Como señalábamos en GÓMEZ 2017: 115.

No era el ostracismo un castigo, sino un consuelo y un alivio de la envidia (*παραμυθία φθόνου καὶ κουφισμός*), que se alegra con la humillación de los que sobresalen y que dirige hacia esta privación de derechos (*εἰς ταύτην τὴν ἀτιμίαν*) el viento de la malevolencia (*τὴν δυσμένειαν ἀποπνέοντος*, *Them.* 22.4)<sup>69</sup>.

Por otra parte, aunque en el conjunto de las *Vidas* los términos utilizados por Plutarco para definir a sus protagonistas suelen repetirse—*τόλμα*, *θάρσος*, *δεινότης*, *σύνεσις*, *φρόνησις*, *σωφροσύνη*, *γνώμη*, *σοφία*, *ἀνδρεία*, *πραότης*, *φιλανθρωπία*, *ἐπιεικεία*, entre otros vocablos—, constatamos que a través de Aristides, de Temístocles y de Cimón, Plutarco no solo construye *su propia* Atenas<sup>70</sup>, sino que tal vez imagina cómo también la Atenas clásica habría sido dirigida por su ideal hombre de estado, personificado en la conjunción de estas tres figuras; entre ellas Aristides brilla de modo especial, si tenemos en cuenta algunos de los preceptos que configuran ese ideal plutarqueo, tal como es formulado en *Consejos políticos*. Entre los requisitos previos para el desarrollo de la actividad pública, Plutarco defiende una vocación política libre, fundada en la razón, exen-

ta de codicia, pasiones o ambición de poder; un buen conocimiento del pueblo que aspira a dirigir, inspirándole confianza con una vida privada y un carácter irreprochables<sup>71</sup>.

Además, en el ejercicio del poder, el hombre de estado no debe comprometer el interés público en beneficio propio ni de los amigos. Son modélicos, al respecto, Aristides o Catón, pero no Temístocles a quien Plutarco atribuye esta afirmación:

Ojalá nunca ocupe yo un puesto en el que los amigos que estén a mi lado no consigan más beneficios que quienes no sean mis amigos (*Praec. ger. reip.* 807B).

También debe abstenerse de llevar las enemistades privadas al terreno de la política, puesto que la concordia debe presidir las relaciones entre los magistrados:

Aristides y Temístocles son alabados, porque deponían su enemistad en las fronteras cada vez que salían en una embajada o al frente de un ejército, y luego la retomaban a la vuelta (*Praec. ger. reip.* 809B).

Por ello, la actuación de un auténtico hombre de estado no ha de estar mo-

<sup>69</sup> La envidia como causa de la crisis de prestigio de Temístocles es un tópico en la literatura del personaje y un motivo recurrente en las *Vidas* atenienses del s. V a. C., como postula VERDEGEM, 2005: 673-678.

<sup>70</sup> FAU 2005: 561-567, explica cómo Plutarco reconstruye de un modo bien particular las instituciones atenienses.

<sup>71</sup> Cf. Plu., *Praec. ger. reip.* 798C-801C. Sobre la conducta de Cimón, *supra* n. 41.

tivada por afán de lucro ni por la ambición de honores<sup>72</sup>, pues el mayor honor es el afecto y la confianza que el pueblo le dispensa en pago a su virtud.

El estadista debe ser generoso, si es rico, costeadando fiestas religiosas y espectáculos, aunque las concesiones y liberalidades es mejor que siempre sean moderadas; y, si es pobre, pondrá su virtud al servicio de los ciudadanos, mostrando así su superioridad sobre los ricos que ofrecen dádivas, y nunca es innoble (ἀγγενές) reconocer la pobreza: Aristides murió tan pobre como había nacido (*Aristid.* 27.1-5).

#### 6. Los romanos y la paideia

El legado de Grecia en la coyuntura del s. V a .C. es el legado de Atenas: una acción de gobierno, en una democracia libre y pura (αὐτόνομον καὶ ἄκρατον δημοκρατίαν, *Un. in rep. dom.* 826E)<sup>73</sup>,

en que debe prevalecer la concordia entre ciudadanos y, por extensión, también entre ciudades. Cuando eso ya no fue viable, o tal vez llegó a ser innecesario, Atenas transmite una segunda herencia a sus sucesores: la *paideia* y, de ahí, el contraste entre nuestros tres griegos –insignificantes en el relato plutarqueo respecto de los valores, formas y componentes de esa *paideia*– y los romanos Lúculo y Catón cuyo perfil es dibujado en relación al conocimiento, aceptación y práctica de ella. Solo así se entiende que, a pesar del gran valor que Plutarco había de conceder al círculo de πεπαιδευμένοι de su época y, por extensión, a sus protagonistas como tales identificados, no defina en absoluto de este modo a los griegos Cimón, Temístocles y Aristides. La *paideia* griega, tal como es vivida y entendida en la época de Plutarco, es la cristalización

<sup>72</sup> Cf. *Praec. ger. reip.* 820B; y *Cat. Ma.* 19.6, sobre la renuncia de Catón a tener estatuas.

<sup>73</sup> Al explicar los tres tipos de regímenes políticos –monarquía, oligarquía y democracia– Plutarco define así la constitución ateniense: “De dichos regímenes, que son los que han tenido una vigencia mayor y más frecuente en el gobierno de los pueblos, a los persas les tocó tener una monarquía absoluta y exenta de rendir cuentas, a los espartiatas una oligarquía aristocrática y rígida, y a los atenienses una democracia pura y libre” (*Un. in rep. dom.* 826E). Plutarco advierte que también la democracia, como cualquiera de las otras formas de gobierno, puede ser víctima de la insensatez que conlleva desmesura. Por ello, argumenta que la mejor de todas es la monarquía, porque “es la única capaz de sostener aquel tono verdaderamente perfecto y elevado de la virtud y de no adaptarse en nombre del bien común ni a la coacción ni a la concesión de favores” (*ibidem* 827B). En esta afirmación de Plutarco es patente la influencia platónica en el uso de fraseología musical, pero en esa preferencia por la monarquía cuenta también con su adhesión a la política del Imperio Romano. Asimismo, cabe recordar que en *Consejos políticos* Plutarco evoca la formulación tucidídea de que el régimen político en la época de Pericles era “en teoría una democracia pero, en realidad, un gobierno del primer ciudadano” gracias al poder la palabra; cf. *Thu.*, II 65; *Plu.*, *Per.* 9.1; *Praec. ger. reip.* 802B.



de unos valores demasiado incipientes en el escenario político inmediato que vivieron esos tres griegos.

Frente al proyecto común de la ciudad ática, el retrato de los romanos trasluce, por el contrario, una voluntad de destacar y recorrer la carrera individual de sus protagonistas: el *cursus honorum* de Lúculo, Camilo y Catón es explicado con detalle y precisión. Por ello resulta de especial interés el βίος de Lúculo cuyo filohelenismo, junto a su valor militar y habilidad táctica, es el trazo más relevante de su personalidad, precisamente al final de la República que con tanto ahínco defendiera Catón<sup>74</sup>. En los avatares de un complejo contexto político, la carrera militar de Lúculo en la que, a diferencia de las dudas e inseguridad que caracterizaron su vida política, se siente cómodo como general, sirve a Plutarco para justificar,

casi sin restricciones, la grandeza de este hombre, cuyo deseo de gloria el biógrafo no oculta desde el inicio mismo del relato, pero no es, en modo alguno, obstáculo para que el eterno número dos del dictador Sila<sup>75</sup>, sea puesto en paralelo con el gran Cimón: el más grande general no es quien vence, sino quien entrega a su sucesor enemigos muy debilitados, como hizo Lúculo<sup>76</sup>. la admiración de Plutarco por Lúculo radica en el trato dispensado por el general romano hacia los pueblos sometidos, nutrido por su excepcional filohelenismo, por encima del habitual en la época<sup>77</sup>, como se reveló en el asedio y en la toma de Amisos. Allí, el general Calímaco había provocado grandes pesares a los romanos, incluso prendió fuego a la ciudad y huyó, cuando Lúculo consiguió hacerse con una parte de la muralla. Aunque el romano

<sup>74</sup> GARCÍA MORENO 1995: 38-147, analiza la biografía de Paulo Emilio como ejemplo del valor que Plutarco concedía a la educación de tipo griego para explicar el comportamiento de un político romano republicano.

<sup>75</sup> Lúculo gozó siempre del favor de Sila. Plutarco explica que en ese momento crítico de la historia de Roma, la demagogia era moneda de cambio entre quienes se jactaban de ser populares al estilo de Sila, que se sustentaba en largas y costosas guerras, en ganarse la fidelidad de las tropas y también en el enriquecimiento personal. Así, al acabar la primera guerra contra Mitrídates, rey del Ponto, Lúculo se lanzó a una segunda contienda por un impulso temerario y no en interés de Roma (*Luc.* 24.1), sino por el afán de ejercer la comandancia sin deponer jamás las armas y sin dejar de enriquecerse (ὀπὸ φιλαρχίας καὶ φιλοπλουτίας) poniendo en peligro a la comunidad. Por ello, tras sus grandes conquistas, los demagogos de Roma lo acusaban de que parecía “haber sido enviado a expoliar a los reyes, no a someterlos” (*ibidem* 33.6).

<sup>76</sup> Cf. *Plu., Comp. Cim.-Luc.* 3.2.

<sup>77</sup> KEAVENEY 1992: 176, señala que en la actitud filohelénica de Lúculo hay dos aspectos complementarios: uno intelectual hacia las artes y las letras griegas; y otro emocional adquirido por frecuentar a los griegos coetáneos.

exhortaba a sus tropas a que apagaran el incendio, los soldados solo reclamaban el botín<sup>78</sup>. Así pues, al entrar en Amisos, Lúculo reconoció llorando que muy a menudo había envidiado a Sila, pero máxime en ese momento ya que éste había conseguido salvar Atenas y él, en cambio, solo merecía “la reputación de Mumio” (τὴν Μομμίου δόξαν, *Luc.* 19.5); es decir, solo pudo obtener la indigna gloria del destructor de Corinto. Tales adversas circunstancias, no obstante, no impidieron a Lúculo salvar la ciudad: la lluvia que por fortuna divina<sup>79</sup> cayó durante la toma apagó el fuego y él pudo reconstruir la mayor parte de los edificios y acoger allí a cuantos ciudadanos –y otros griegos– quisieron instalarse de nuevo en ella para gozar del derecho de ciudadanía. Con la reconstrucción de Amisos, Lúculo dirige ahora su atención hacia las ciudades

de Asia para hacerlas partícipes de la justicia y de las leyes, de que se había visto privado durante mucho tiempo el antiguo reino de Pérgamo:

Lúculo no solo era amado por los pueblos a quienes había beneficiado, sino deseado por las restantes provincias, que felicitaban a quienes habían tenido la suerte de tener un gobernador como él (*Luc.* 20.6)<sup>80</sup>.

La *Vida de Lúculo* ejemplifica cómo la falta de un proyecto común –cuando el estado deja de estar controlado por una oligarquía y pasa a ser el poder de un solo hombre– debe ser necesariamente compensado por los valores e ideales del individuo a cuyo enaltecimiento contribuye de un modo muy especial el poder ser considerado fruto de ese bien irremplazable que es la *paideia*, en la cual se fundan la conservación del pasado

<sup>78</sup> Entre las transformaciones significativas del final de la República, está el nacimiento de un ejército profesional cuyos miembros ya no son campesinos independientes deseosos de regresar a sus ocupaciones habituales tras una campaña, sino que prefieren posponer el fin de su carrera y encadenar campañas sucesivas, si ello comporta buenas perspectivas de enriquecimiento; cf. KEAVENEY 1992: 177-179.

<sup>79</sup> En *Praec. ger. reip.* 816E, Plutarco afirma que los grandes hombres atribuyen sus éxitos a un dios o a un golpe de suerte. Lúculo es uno de los protagonistas de Plutarco particularmente marcado por los reveses de la fortuna, y su βίος imputa a un cambio de suerte la caída en desgracia del general (*Luc.* 35). El fin precipitado de su carrera política impide a Lúculo liberar al Senado de la tiranía de Pompeyo, quien, como Craso, se burlaban de que Lúculo hubiera abandonado la política activa. Plutarco reconoce en esta decisión un mérito no pequeño, pues la política como la contienda atlética tiene un ciclo y un fin natural, y ambas resultan absurdas cuando faltan la flor y el vigor de la edad (*ibidem* 38.5); cf. MESTRE & GÓMEZ 2005: 295-305, sobre la acción de τύχη en los protagonistas plutarqueos.

<sup>80</sup> También por los griegos de Tigranocertes Lúculo es considerado fundador y benefactor de la ciudad, ya que, al sublevarse contra lo bárbaros, pudieron regresar a sus patrias gracias a él, de modo que “la ruina de una sola ciudad fue la restauración de muchas” (*Luc.* 29.5).

y las respuestas a las cuestiones presentes: el mismo Isócrates ya había enseñado que la supremacía sobre el mundo heleno solo podría ser ejercida por quien poseyera una *paideia* griega<sup>81</sup>; y desde ese momento la distinción entre griego y bárbaro se había convertido en un hecho de civilización, y más concretamente de posesión o no de una *paideia* helénica.

### 7. Epílogo

La poliédrica aproximación de Plutarco a sus biografiados no permite establecer líneas absolutas, infranqueables, entre griegos y romanos en cada uno de estos tres pares en particular ni en el conjunto de las *Vidas paralelas* en general. Hay matices, gradación e incluso ausencias significativas, pero nunca queda invalidado el valor ejemplar de cada uno de los protagonistas: los hombres tienen los mismos sentimientos, los mismos valores, el mismo destino. Plutarco crea un universo moral coherente, donde la contemplación del pasado invita a trascender los particularismos etnocéntricos, e incluso las épocas solo se distinguen en función de las condiciones, más o menos favorables según el estado de la moralidad pública, que ofrecen a la acción de los hombres, aunque la ciudad sigue jugando un doble papel: sirve como telón de fondo moral sobre el que contrastar las acciones de

los protagonistas plutarqueos y de sus adversarios; y es la referencia última, el lugar de toda vida y de todo valor, aquella a quien se debe sacrificar todo. Desde esta perspectiva, la Atenas el s. V a. C. permite a Plutarco elaborar el relato biográfico de unos protagonistas cuya acción fue salvaguarda de la propia ciudad y significó la salvación de sus conciudadanos. Esta tarea, que define la esencia del hombre político, se impone también a los contemporáneos del que-ronense, quienes pueden reconocer, en los obstáculos que debieron superar los biografiados por Plutarco, también los defectos de la ciudad del s. I d. C., y extraer de su grandeza razones para superarlos y consagrarse al ideal cívico inherente a la tradición greco-latina.

### BIBLIOGRAFÍA

- ALBINI, F.,  
- "Family and the Formation of Character in Plutarch", in J. MOSSMAN (ed.), *Plutarch and his intellectual World*, Duckworth 1997: 59-72.
- ALCALDE MARTÍN, C.,  
- "*Athenae captae Athenae receptae* (Plutarco, Atenas y Roma)", in A. CASANOVA (ed.), *Figure d'Atene nelle opere di Plutarco*. Firenze 2013: 31-49
- ALMAGOR, E.,  
- "Plutarch and the Persians", *Electrum* 24 (2017) 123-170.
- BALDWIN, B.,  
- "Plutarch, *Lucullus* 42.3-4, *Hermes* 110 (1982) 254-256.

<sup>81</sup> cf. Isoc., *Evag.* 47-50.

- BENEDIKTSON, D.Th.,  
- *Literature and the Visuals Arts in Ancient Greece and Rome*, Oklahoma 2000.
- BOULOGNE, J.,  
- *Plutarque, un aristocrate grec sous l'occupation romaine*, Lille 1994.
- BRIONES ARTACHO, M.,  
- "La Vida de Aristides. Aproximaciones a la idea de justicia", in A. PÉREZ JIMÉNEZ & F. Casadesús Bordoy, (eds.), *Estudios sobre Plutarco: misticismo y religiones mistericas en la obra de Plutarco*, Madrid 2001: 337-344.
- COOPER, C.,  
- "Death and Other Kinds of Closure", in M. BECK (ed.), *A Companion to Plutarch*, Malden (MA) 2014: 391-404.
- DELVAUX, G.,  
- "Chronologie relative des *Vies Parallèles*", *LEC*, 63 (1995) 97-113.
- DESIDERI, P.,  
- "'Non scriviamo storie, ma vite' (Plut. *Alex.* 1.2): la formula biografica di Plutarco", in *Testis temporum: Aspetti e problemi della storiografia antica (Incontri del Dipartimento di Scienze dell'Antichità dell'Università di Pavia 8)*, 1995: 15-25.
- DUFF, T.,  
- "Education in Plutarch's *Temistokles*", in M. JUFRESA, F. MESTRE, P. GÓMEZ & P. GILABERT (eds.), *Plutarc a la seva època: paideia i societat*, Barcelona 2005: 553-559.
- DURÁN LÓPEZ, A.,  
- "Rhétorique du personnage et rhétorique de l'auteur dans la *Vie de Thémistocle* de Plutarque", in L. VAN DER STOCKT (ed.), *Rhetorical Theory and Praxis in Plutarch*, Leuven – Namur 2000: 163-169.
- FAU, T.,  
- "Plutarc, l'Atenès", in M. JUFRESA, F. MESTRE, P. GÓMEZ & P. GILABERT (eds.), *Plutarc a la seva època: paideia i societat*, Barcelona 2005: 561-567.
- FAUSTI, D.,  
- "Lo stereotipo della superiorità della cultura greca: la situazione in epoca imperiale attraverso le testimonianze di Plutarco e Galeno", *Prometheus*, 19 (1993) 265-277.
- FRAZIER, F.,  
- *Histoire et morale dans les Vies parallèles de Plutarque*, Paris 1996.
- GARCÍA MORENO, L.A.,  
- "Roma y los protagonistas de la dominación romana en Grecia en la *Vidas Paralelas* de Plutarco", in E. FALQUE & F. GASCÓ (eds.), *Graecia capta. De la conquista de Grecia a la helenización de Roma*, Huelva 1995: 129-147.
- GASCÓ, F.,  
- *Ciudades griegas en conflicto (s. I-III d.C.)*, Madrid 1990.
- GEIGER, J.,  
- "Plutarch's *Parallel Lives*: The Choice of Heroes", *Hermes*, 109 (1981) 85-104.
- GÓMEZ, P.,  
- "'Laconismo' como virtud en la Atenas del s. V a.C.: a propósito de la *Vida de Cimón* de Plutarco", *Myrtia*, 22 (2007) 69-82.  
- "Una batalla, dos relatos: Salamina y sus protagonistas entre Heródoto y Plutarco", in M. SANZ MORALES, R. GONZÁLEZ DELGADO, M. LIBRÁN MORENO & J. UREÑA BRACERO (eds.), *La (inter)textualidad en Plutarco. Actas del XII Simposio Internacional de la Sociedad Española de Plutarquistas, Cáceres 8-10 octubre 2015*, Cáceres – Coimbra 2017: 109-120.
- GÓMEZ, P. & MESTRE, F.,  
- "Historia enPlutarco: los griegos y los romanos", in C. SCHRADER, V. RAMÓN & J. VELA (eds.), *Plutarco y la historia*, Zaragoza 1997: 209-222.
- JONES, C.P.,  
- "Towards a Chronology of Plutarch's Works", *JRS* 56 (1967) 61-74.  
- *Plutarch and Rome*, Oxford 1971.

- KEAVENEY, A.,  
- *Lucullus. A Life*, London 1992.
- LAMBERTON, R.,  
- “Plutarch and the Romanization of Athens”, in M.D. HOFF & S.I. ROTROFF (eds.), *The Romanization of Athens*, Oxford 1997.
- LAMBERTON, R.,  
- *Plutarch*, New Haven – Londres 2001.
- LARMOUR, D.H.J.,  
- “Making Parallels: *Synkrisis* and Plutarch’s ‘Themistocles and Camillus’”, *ANRW*, 2.33.6 (1992) 4154-4200.
- LAVERY, G.B.,  
- “Plutarch’s *Lucullus* and the living bond of biography”, *CJ*, 89 (1994) 261-273.
- MESTRE, F. & GÓMEZ, P.,  
- “*Tyche* e individuo: ambigüedad de usos en las *Vidas Paralelas* de Plutarco”, in A. PÉREZ JIMÉNEZ & F.B. TITCHENER (eds.), *Valori letterari delle opere di Plutarco. Studi offerti al professore Italo Gallo dall’ International Plutarch Society*, Málaga – Logan 2005: 295-305.
- MESTRE, F. & VINTRÓ, E.,  
- “La *Vida de Demòstenes* de Plutarco o els grans defectes d’un polític”, in J. DANÉS et al. (eds.), *Estudis clàssics: impositió, apologia o seducció. Actes del XV Simposi de la Secció Catalana de la SEEC*, Lleida 2007: 333-344.
- NEGRETE, J.,  
- *Plutarco. La Atenas del siglo V. Vidas de Temístocles, Pericles, Nicias y Alcibíades*, Madrid 2000.
- OLIVEIRA, L.,  
- “O jovem Teseu: do reconhecimento paterno ao reconhecimento político”. in P. GÓMEZ CARDÓ, D.F. LEÃO & M.A. DE OLIVEIRA SILVA (coords.), *Plutarco entre mundos: visões de Esparta, Atenas e Roma*, Coimbra – São Paulo 2014: 30-48.
- PELLING, C.B.R.,  
- “Plutarch: Roman heroes and Greek culture”, in M. GRIFFIN & J. BARNES (eds.), *Philosophia togata: essays on philosophy and Roman society*, Oxford 1989: 199-232.  
- “Truth and Fiction in Plutarch’s *Lives*”, in D.A. Russell (ed.), *Antonine Literature*, Oxford 1990: 19-52.  
- “Rhetoric, *Paideia* and Psychology in Plutarch’s *Lives*”, in L. VAN DER STOCKT (ed.), *Rhetorical Theory and Praxis in Plutarch*, Leuven – Namur 2000: 331-339.
- PÉREZ JIMÉNEZ, A.,  
- “Precisiones a la doctrina de Plutarco sobre el carácter”, in M. GARCÍA VALDÉS (ed.), *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas*, Madrid 1994: 331-340.
- PICCIRILLI, L.,  
- “Biografia e storia: il metodo di Plutarco”, *SIFC*, 16 (1998) 39-60.
- PUECH, B.,  
- “Prosopographie des amis de Plutarque”, *ANRW*, II.33.6 (1992) 4831-4894.
- RAMÓN PALERM, V.,  
- *Plutarco y Nepote. Fuentes e interpretación del modelo biográfico plutarqueo*, Zaragoza 1992.
- SCHMIDT, TH.S.,  
- *Plutarque et les Barbares. La rhétorique d’une image*, Leuven – Namur 1999.
- SIRINELLI, J.,  
- *Plutarque*, Paris 2000.
- STADTER, Ph.A.,  
- “Plutarch’s *Lives* and Their Roman Readers”, in E.N. Ostenfeld (ed.), *Greek Romans and Roman Greeks*, Aarhus 2002: 123-135.  
- “Plutarch and Rome”, in M. BECK (ed.), *A Companion to Plutarch*, Malden (MA) 2014: 14-31.
- SWAIN, S.,  
- “Plutarch’s Characterization of Lucullus”, *RhM* 135 (1992) 307-316.  
- *Hellenism and Empire. Language, Classi-*

*cism and Power in the Greek World A.D. 50-250*, Oxford 1996.

TITCHENER, F.B.,

- "Plutarch and Roman(ized) Athens", in E.N. OSTENFELD (ed.), *Greek Romans and Roman Greeks*, Aarhus 2002: 136-141.

VELÁZQUEZ, A.E.,

- "Presencia y ausencia del educador en las *Vidas* de Plutarco", in A. PÉREZ JIMÉNEZ & F. Casadesús Bordoy, (eds.), *Estudios sobre Plutarco: misticismo y religiones místicas en la obra de Plutarco*, Madrid 2001: 441-450.

VERDEGEM, S.,

- "Envy at Work. Φθόνος in Plutarch's *Lives* of Fifth-Century Athenian Statesmen", in M. JUFRESA, F. MESTRE, P. GÓMEZ & P. GILBERT (eds.), *Plutarco a la seva època: paideia i societat*, Barcelona 2005: 673-678.

VEYNE, P.,

- *L'empire gréco-romain*, Paris 2005.

WOOLF, G.,

- "Becoming Roman, staying Greek: culture, identity and the civilizing process in the Roman East", *PCPhS*, 40 (1994) 116-143.